

Castel y María tomarán cada vez más el carácter de interrogatorios. En relación a la explicación del «problema Allende», Castel se comporta como un fiscal que pretende probar la culpabilidad del acusado fría y despiadadamente. No presta la más mínima atención a la tristeza, a «la voz dolorida», a las «lágrimas silenciosas» (p. 83) de María. Durante el interrogatorio escruta los ojos de María: «Hice esta afirmación mirando cuidadosamente sus ojos; la hacía con mala intención; era óptima para sacar una serie de conclusiones» (p. 84). María titubea en sus respuestas, las cuales dejan muchas cosas en el aire. Esto significa para Castel, que obra según el principio «in dubio contra reum», un pretexto para seguir investigando. Para Wainerman, Castel se rige por la norma: «El experimentador (...) debe aproximarse a la Naturaleza no como un contemplador, sino como un provocador, inquiriéndola, obligándola a que responda según el planteo que el científico propone» (16). Castel es, por lo tanto, un representante de nuestro tiempo dominado por la ciencia y la tecnología desde la época de Galileo.

A Castel parece interesarle sobre todo el pasado de María. Su pensamiento estático y propenso a definirlo todo se complace en la retrospectiva, en el análisis del tiempo ya vivido, muerto, por decirlo así. Lo pasado es algo inmóvil, fijado para siempre; objeto susceptible de ser aprehendido y comprendido porque ya no puede escapar por sí mismo al análisis de la razón. Por el contrario, lo que vive escapa a este pensamiento científico que pretende reducirlo a objeto inerte, ya que está abierto al futuro y se transforma con él. Los «experimentos» de Castel con María degradan a la mujer a la condición de objeto, le privan de su libertad de manifestarse tal como es, dejándole siempre una sola vía de expresión. Esto se hace patente cuando Castel realiza el experimento de la «unión física» con ella. Castel desea tener relaciones sexuales con María, no tanto porque la ama, porque quiere mostrarle que *él* le pertenece, sino, por el contrario, porque busca una prueba irrefutable de que *ella* le pertenece, de que puede disponer de ella: «(...) yo vivía obsesionado con la idea de que su amor era, en el mejor de los casos, amor de madre o de hermana. De modo que la unión física se me aparecía como una garantía de verdadero amor» (p. 71). Sin embargo, el experimento fracasa: «Lejos de tranquilizarme, el amor físico me perturbó más, trajo nuevas y torturantes dudas, dolorosas escenas de incomprensión, crueles experimentos con María» (p. 71). Puesto que Castel no consigue conocer a fondo el alma de María, valiéndose de sus razona-

---

(16) Wainerman, Luis: *Op. cit.*, p. 111.

mientos, termina por seguir su camino de la lógica hasta sus últimas consecuencias. Sólo cuando por fin María ha dejado de ser persona, cuando ha perdido su libertad de continuar evolucionando como individuo, cuando ya pertenece al mundo de los objetos inmóviles, sólo entonces ya no se le puede escapar: la lógica férrea de Castel puede funcionar sin restricciones de ningún tipo: «Por fin, cuando el protagonista mata a su amante realiza un último intento de apoderarse de ella, de fijarla para toda la eternidad» (17), escribe el mismo Sábato. Después del crimen, Castel se apresura a regresar a Buenos Aires para comunicar a Allende, de forma brutal, lo que para él es un hecho ahora irrefutable y que queda comprobado para siempre a través del crimen: «¡María era la amante de Hunter!» (p. 150). Ahora que María está muerta ya no queda ninguna posibilidad de que ella contradiga sus conclusiones. Como la vida se niega a contestar a las preguntas de Castel, él mismo forja los hechos que llevan a su sistema lógico a una conclusión coherente: El la ha matado, por lo tanto era la amante de Hunter. El detective se convierte en asesino para poder probar su teoría. Pero el lector se habrá dado cuenta de que todos los indicios con los que Castel intenta, paso a paso, afirmar su teoría, no son convincentes. Tales indicios pueden dar lugar a una serie de suposiciones, pero no son, en modo alguno, la prueba definitiva de que María le engañe con Hunter.

Allende, el marido de María, reacciona a las revelaciones de Castel con un «¡Imbécil!» lleno de odio y un desesperado «¡Insensato!» (página 150). Esta última palabra le perseguirá a Castel en la cárcel donde el viejo juego de la reflexión y del análisis parece empezar de nuevo, juego que se verá obligado a abandonar porque algo se lo impide: «En estos meses del encierro he intentado muchas veces razonar la última palabra del ciego, la palabra *insensato*. Un cansancio muy grande, o quizá un oscuro instinto, me lo impide reiteradamente» (página 151). De igual manera no se siente capaz de analizar los motivos que llevaron a Allende al suicidio. Castel ya no confía en sus propios razonamientos. La última frase de la novela: «Y los muros de este infierno serán, así, cada día más herméticos» (p. 151), no parece dejar abierta ninguna puerta a la esperanza; sin embargo, se pueden descubrir algunos cambios en el comportamiento del protagonista. A través de la ventana de su celda contempla al mundo y a las personas sin sentir ese asco que le había caracterizado: «Vi cómo nacía un nuevo día, con un cielo ya sin nubes» (p. 150). Por otra parte, ahí está la oscuridad en la que él mismo se encuentra: «Sentí que una

---

(17) Sábato, Ernesto: «Sobre la metafísica del sexo», *op. cit.*, p. 39.

caverna negra se iba agrandando dentro de mi cuerpo» (p. 151). Pero de esta oscuridad nacen nuevos cuadros, como aquel con el que comenzó la historia; y de esta oscuridad surge, en definitiva, la novela.

Si bien es verdad que existen ciertas afinidades entre *El túnel* y *Huis clos*, de Jean Paul Sartre, también es verdad que la máxima sartreana «l'enfer c'est les autres» ya no tiene validez para Castel. El narrador de Sábato escribe su historia con una débil esperanza «de que alguna persona llegue a entenderme» (p. 13), mientras que la última frase del héroe de Sartre es un desesperado «Eh bien, continuons» (18).

## VI

Interpretar *El túnel* exclusivamente como una «crítica de la razón pura» a la manera sabatiana sería demasiado parcial. Muy a menudo a la razón se le oponen como fuerzas antagónicas el inconsciente, los sufrimientos, las emociones y los presentimientos que, como veremos, son tan peligrosos como la razón misma. Un estudio más profundo del carácter de Castel revela que él es la víctima de su inconsciente al que no se consigue controlar. Ya durante la segunda conversación con María, Castel admitió: «Mi cabeza es un laberinto oscuro. A veces hay como relámpagos que iluminan algunos corredores. Nunca termino de saber por qué hago ciertas cosas» (p. 41). No sabe explicar, por ejemplo, la escena de la ventana, elemento decisivo en su trágico destino: «(...) sentía que debía pintarla así, sin saber bien por qué» (página 43).

Basándose en las teorías psicoanalíticas de Jung, Richard J. Callan ve en la citada escena una manifestación del inconsciente de Castel. Tal interpretación se ve respaldada por declaraciones del mismo Sábato: «Según Jung (...) llevamos en nuestro seno el sexo contrario, más o menos reprimido, y, como tal, en lo inconsciente (...). Si esta teoría es cierta (y me parece que en buena medida lo es), las creaciones del hombre más vinculadas con su inconsciencia, como la poesía o el arte, serían la expresión de su feminidad» (19). El artista había pintado en su cuadro, en la parte superior izquierda, la ventana a través de la cual se podía ver a una solitaria mujer mirando hacia el mar. La izquierda es el lado de lo inconsciente (20). Partiendo de esta observación, Callan llega a la siguiente conclusión: «Evi-

[18] Sartre, Jean Paul: *Théâtre I*, Gallimard, París, 1947, p. 182.

[19] Ernesto, Sábato: «Sobre la metafísica del sexo», *op. cit.*, p. 34.

[20] Cfr. Callan, Richard, J.: *Op. cit.*, p. 51.